

## **RAFAEL ALBERTI**

### **1 Amaranta**

Rubios, pulidos senos de  
Amaranta, por una lengua de lebre  
limados pórticos de limones  
desviados  
por el canal que asciende a tu garganta.

Rojo, un puente de rizos se adelanta  
e incendia tus marfiles ondulados.  
Muerde, heridor, tus dientes desangrados,  
y corvo, en vilo, al viento te levanta.

La soledad, dormida en la espesura  
calza su pie de céfiro y desciende  
del olmo alto al mar de la llanura.

Su cuerpo en sombra, oscuro, se le  
enciende, y gladiadora, como un ascua  
impura  
entre Amaranta y su amador se tiende.

### **2 Nocturno**

Deja ese sueño.  
Envuélvete  
desnuda y blanca, en tu sábana.  
Te esperan en el jardín  
tras las tapias.

Tus padres mueren, dormidos.  
Deja ese sueño.

Anda.  
Tras las tapias,  
te esperan con un cuchillo.

Vuelve de prisa a tu casa.  
Deja ese sueño.

Anda.  
En la alcoba de tus padres  
entra desnuda, en silencio.

Corre de prisa a las tapias.  
Deja ese sueño.  
Sáltalas.  
Vente.

¿Qué rubí hierve en tus manos  
y quema, negro, tu sábana?  
Deja ese sueño.  
Anda.  
... Duérmete.

### **3 La paloma**

Se equivocó la paloma  
se equivocaba.  
Por ir al norte, fue al sur  
creyó que el trigo era agua,  
se equivocaba.

Creyó que el mar era el cielo  
que la noche, la mañana,  
se equivocaba,  
se equivocaba.

Que las estrellas, rocío  
que la calor, la  
nevada, se  
equivocaba,  
se equivocaba.

Que tu falda era tu blusa  
que tu corazón, su casa,  
se equivocaba,  
se equivocaba.

Ella se durmió en la orilla,  
tú en la cumbre de una rama.

Creyó que el mar era el cielo  
que la noche, la mañana  
se equivocaba,  
se equivocaba.

Que las estrellas, rocío  
que la calor, la  
nevada, se  
equivocaba,  
se equivocaba.

Que tu falda era tu blusa  
que tu corazón, su casa,  
se equivocaba,  
se equivocaba...

#### **4 A galopar**

Las tierras, las tierras, las tierras de  
España, las grandes, las solas, desiertas  
llanuras.

Galopa, caballo cuatralbo,  
jinete del pueblo,  
al sol y a la luna.

¡A galopar,  
a galopar,  
hasta enterrarlos en el mar!  
A corazón suenan, resuenan, resuenan,  
las tierras de España, en las herraduras.

Galopa, jinete del pueblo  
caballo de espuma

#### **PEDRO SALINAS**

##### **1.- Ayer te besé en los labios**

Ayer te besé en los labios.  
Te besé en los labios. Densos,  
rojos. Fue un beso tan corto,  
que duró más que un relámpago,  
que un milagro, más. El tiempo  
después de dártelo  
no lo quise para nada ya,  
para nada  
lo había querido antes.  
Se empezó, se acabó en él.

Hoy estoy besando un beso;  
estoy solo con mis labios.  
Los pongo  
no en tu boca, no, ya no...  
-¿Adónde se me ha escapado?-.  
Los pongo  
en el beso que te di  
ayer, en las bocas juntas  
del beso que se besaron.  
Y dura este beso más  
que el silencio, que la luz.  
Porque ya no es una carne  
ni una boca lo que beso,  
que se escapa, que me huye.  
No.  
Te estoy besando más lejos.

¡A galopar,  
a galopar,  
hasta enterrarlos en el mar!

Nadie, nadie, nadie, que enfrente no hay nadie;  
que es nadie la muerte si va en tu montura.  
Galopa, caballo cuatralbo,  
jinete del pueblo  
que la tierra es tuya.

¡A galopar,  
a galopar,  
hasta enterrarlos en el mar!

##### **2.- Pensarte es tenerte**

¡Cómo me dejas que te piense!  
Pensar en ti no lo hago solo, yo.  
Pensar en ti es tenerte,  
como el desnudo cuerpo ante los besos,  
toda ante mí, entregada.  
Siento cómo te das a mi memoria,  
cómo te rindes al pensar ardiente,  
tu gran consentimiento en la distancia,  
y más que consentir, más que entregarte,  
me ayudas, vienes hasta mí, me enseñas  
recuerdos en escorzo, me haces señas  
con las delicias, vivas, del pasado,  
invitándome.  
Me dices desde allá  
que hagamos lo que quiero  
-unirnos- al pensarte,  
y entramos por el beso que me abres,  
y pensamos en ti, los dos, yo solo.

### **3.- La voz a ti debida**

Tú vives siempre en tus actos.  
Con la punta de tus dedos  
pulsas el mundo, le arrancas  
auroras, triunfos, colores,  
alegrías: es tu música.  
La vida es lo que tú tocas.

De tus ojos, sólo de ellos,  
sale la luz que te guía  
los pasos. Andas  
por lo que ves. Nada más.

Y si una duda te hace  
señas a diez mil kilómetros,  
lo dejas todo, te arrojas  
sobre proas, sobre alas,  
estás ya allí; con los besos,  
con los dientes la desgarras:  
ya no es duda.  
Tú nunca puedes dudar.

## **FEDERICO GARCÍA LORCA**

### **1 Llanto por Ignacio Sánchez Mejías**

#### **LA COGIDA Y LA MUERTE**

A las cinco de la tarde.  
Eran las cinco en punto de la tarde.  
Un niño trajo la blanca sábana

a las cinco de la tarde.

Una espuerta de cal ya prevenida  
a las cinco de la tarde.

Lo demás era muerte y sólo muerte  
a las cinco de la tarde.

El viento se llevó los algodones a  
las cinco de la tarde.

Y el óxido sembró cristal y níquel  
a las cinco de la tarde.

Ya luchan la paloma y el leopardo  
a las cinco de la tarde.

Porque has vuelto los misterios  
del revés. Y tus enigmas,  
lo que nunca entenderás,  
son esas cosas tan claras:  
la arena donde te tiendes,  
la marcha de tu reloj  
y el tierno cuerpo rosado  
que te encuentras en tu espejo  
cada día al despertar,  
y es el tuyo. Los prodigios  
que están descifrados ya.

Y nunca te equivocaste,  
más que una vez, una noche  
que te encaprichó una sombra  
-la única que te ha gustado-.  
Una sombra parecía.  
Y la quisiste abrazar.  
Y era yo.

Y un muslo con un asta desolada  
a las cinco de la tarde.

Comenzaron los sonos del bordón  
a las cinco de la tarde.

Las campanas de arsénico y el humo  
a las cinco de la tarde.

En las esquinas grupos de silencio  
a las cinco de la tarde.

¡Y el toro, solo corazón arriba!  
a las cinco de la tarde.

Cuando el sudor de nieve fue llegando  
a las cinco de la tarde,  
cuando la plaza se cubrió de yodo  
a las cinco de la tarde,

la muerte puso huevos en la herida  
a las cinco de la tarde.  
A las cinco de la tarde.  
A las cinco en punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama  
a las cinco de la tarde.

Huesos y flautas suenan en su oído  
a las cinco de la tarde.

El toro ya mugía por su frente  
a las cinco de la tarde.

El cuarto se irisaba de agonía  
a las cinco de la tarde.

A lo lejos ya viene la gangrena  
a las cinco de la tarde.

Trompa de lirio por las verdes ingles  
a las cinco de la tarde.

Las heridas quemaban como soles  
a las cinco de la tarde,  
y el gentío rompía las ventanas  
a las cinco de la tarde.

A las cinco de la tarde.  
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!  
¡Eran las cinco en todos los relojes!  
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

## LA SANGRE DERRAMADA

¡Que no quiero verla!

Dile a la luna que venga,  
que no quiero ver la sangre  
de Ignacio sobre la arena.

¡Que no quiero verla!

La luna de par en par,  
caballo de nubes quietas,  
y la plaza gris del sueño  
con sauces en las barreras

¡Que no quiero verla!

Que mi recuerdo se quema.  
¡Avisad a los jazmines  
con su blancura pequeña!

¡Que no quiero verla!

La vaca del viejo mundo  
pasaba su triste lengua  
sobre un hocico de sangres  
derramadas en la arena,  
y los toros de Guisando,

casi muerte y casi piedra,  
mugieron como dos siglos  
hartos de pisar la tierra.

No.  
¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio  
con toda su muerte a cuestras.

Buscaba el amanecer,  
y el amanecer no era.

Busca su perfil seguro,  
y el sueño lo desorienta.

Buscaba su hermoso cuerpo  
y encontró su sangre abierta.

¡No me digáis que la vea!

No quiero sentir el chorro  
cada vez con menos fuerza;

ese chorro que ilumina  
los tendidos y se vuelca  
sobre la pana y el cuero  
de muchedumbre sedienta.

¡Quién me grita que me asome!

¡No me digáis que la vea!

No se cerraron sus ojos  
cuando vio los cuernos cerca,  
pero las madres terribles  
levantaron la cabeza.

Y a través de las ganaderías,  
hubo un aire de voces secretas  
que gritaban a toros celestes,

mayorales de pálida niebla.

No hubo príncipe en Sevilla  
que comparársele pueda,  
ni espada como su espada,  
ni corazón tan de veras.

Como un río de leones  
su maravillosa fuerza,  
y como un torso de mármol  
su dibujada prudencia.

Aire de Roma andaluza  
le doraba la cabeza  
donde su risa era un nardo  
de sal y de inteligencia.

¡Qué gran torero en la plaza!  
¡Qué gran serrano en la sierra!  
¡Qué blando con las espigas!  
¡Qué duro con las espuelas!  
¡Qué tierno con el rocío!  
¡Qué deslumbrante en la feria!  
¡Qué tremendo con las últimas  
banderillas de tiniebla!

Pero ya duerme sin fin.

Ya los musgos y la hierba  
abren con dedos seguros  
la flor de su calavera.

Y su sangre ya viene cantando:  
cantando por marismas y praderas,  
resbalando por cuernos ateridos  
vacilando sin alma por la niebla,  
tropezando con miles de pezuñas  
como una larga, oscura, triste lengua,  
para formar un charco de agonía

junto al Guadalquivir de las estrellas.

¡Oh blanco muro de España!

¡Oh negro toro de pena!

¡Oh sangre dura de Ignacio!

¡Oh ruiseñor de sus venas!

No.

¡Que no quiero verla!

Que no hay cáliz que la contenga,

que no hay golondrinas que se la beban,

no hay escarcha de luz que la enfríe,

no hay canto ni diluvio de azucenas,

no hay cristal que la cubra de plata.

No.

¡Yo no quiero verla!

#### CUERPO PRESENTE

La piedra es una frente donde los sueños gimen  
sin tener agua curva ni cipreses helados.

La piedra es una espalda para llevar al tiempo  
con árboles de lágrimas y cintas y planetas.

Yo he visto lluvias grises correr hacia las olas  
levantando sus tiernos brazos acribillados,  
para no ser cazadas por la piedra tendida  
que desata sus miembros sin empapar la sangre.

Porque la piedra coge simientes y nublados,  
esqueletos de alondras y lobos de penumbra;

pero no da sonidos, ni cristales, ni fuego,  
sino plazas y plazas y otras plazas sin muros.

Ya está sobre la piedra Ignacio el bien nacido.  
Ya se acabó; ¿qué pasa? Contemplad su figura:  
la muerte le ha cubierto de pálidos azufres  
y le ha puesto cabeza de oscuro minotauro.

Ya se acabó. La lluvia penetra por su boca.  
El aire como loco deja su pecho hundido,  
y el Amor, empapado con lágrimas de nieve  
se calienta en la cumbre de las ganaderías.

¿Qué dicen? Un silencio con hedores reposa.  
Estamos con un cuerpo presente que se esfuma,  
con una forma clara que tuvo ruiseñores  
y la vemos llenarse de agujeros sin fondo.

¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo que dice!  
Aquí no canta nadie, ni llora en el rincón,  
ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente:  
aquí no quiero más que los ojos redondos  
para ver ese cuerpo sin posible descanso.

Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura.  
Los que doman caballos y dominan los ríos;  
los hombres que les suena el esqueleto y cantan  
con una boca llena de sol y pedernales.

Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra.  
Delante de este cuerpo con las riendas quebradas.  
Yo quiero que me enseñen dónde está la salida

para este capitán atado por la muerte.

Yo quiero que me enseñen un llanto como un  
río que tenga dulces nieblas y profundas orillas,  
para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda  
sin escuchar el doble resuello de los toros.

Que se pierda en la plaza redonda de la luna  
que finge cuando niña doliente res inmóvil;  
que se pierda en la noche sin canto de los  
peces y en la maleza blanca del humo  
congelado.

No quiero que le tapen la cara con pañuelos  
para que se acostumbre con la muerte que lleva.  
Vete, Ignacio: No sientas el caliente bramido.  
Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!

#### ALMA AUSENTE

No te conoce el toro ni la higuera,  
ni caballos ni hormigas de tu casa.  
No te conoce el niño ni la tarde  
porque te has muerto para siempre.

No te conoce el lomo de la piedra,  
ni el raso negro donde te destrozas.  
No te conoce tu recuerdo mudo  
porque te has muerto para siempre.

El otoño vendrá con caracolas,  
uva de niebla y monjes agrupados,  
pero nadie querrá mirar tus ojos

porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre,  
como todos los muertos de la Tierra,  
como todos los muertos que se olvidan  
en un montón de perros apagados.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.  
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.  
La madurez insigne de tu conocimiento.  
Tu apetencia de muerte y el gusto de tu boca.  
La tristeza que tuvo tu valiente alegría.  
Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,  
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.  
Yo canto su elegancia con palabras que gimen  
y recuerdo una brisa triste por los olivos.

## **CERNUDA**

### **1Estoy cansado**

Estar cansado tiene plumas,  
Tiene plumas graciosas como un loro,  
Plumas que desde luego nunca vuelan,  
Mas balbucean igual que loro.

Estoy cansado de las casas,  
Prontamente en ruinas sin un gesto;  
Estoy cansado de las cosas,  
Con un latir de seda vueltas luego de espaldas.

Estoy cansado de estar vivo,  
Aunque más cansado sería el estar muerto;  
Estoy cansado del estar cansado  
Entre plumas ligeras sagazmente,  
Plumas del loro aquel tan familiar o triste,  
El loro aquel del siempre estar cansado.

## **2 Unos cuerpos son como flores**

Unos cuerpos son como flores,  
Otros como puñales,  
Otros como cintas de agua;  
Pero todos, temprano o tarde,  
Serán quemaduras que en otro cuerpo se agranden,  
Convirtiendo por virtud del fuego a una piedra en un hombre.

Pero el hombre se agita en todas direcciones,  
Sueña con libertades, compite con el viento,  
Hasta que un día la quemadura se borra,  
Volviendo a ser piedra en el camino de nadie.

Yo, que no soy piedra, sino camino  
Que cruzan al pasar los pies desnudos,  
Muerdo de amor por todos ellos;  
Les doy mi cuerpo para que lo pisen,  
Aunque les lleve a una ambición o a una nube,  
Sin que ninguno comprenda  
Que ambiciones o nubes  
No valen un amor que se entrega

## **3 Donde habite el olvido**

Donde habite el olvido,  
En los vastos jardines sin aurora;  
Donde yo sólo sea  
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas  
Sobre la cual el viento escapa a sus insomnio

Donde mi nombre deje  
Al cuerpo que designa en brazos de los siglos,  
Donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible,  
No esconda como acero  
En mi pecho su ala,  
Sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.

Allá donde termine este afán que exige un dueño a imagen suya,  
Sometiendo a otra vida su vida,  
Sin más horizonte que otros ojos frente a frente.

Donde penas y dichas no sean más que nombres,  
Cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;  
Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,  
Disuelto en niebla, ausencia,  
Ausencia leve como carne de niño.

Allá, allá lejos;  
Donde habite el olvido